

Publicación anárquica por el desmadre y la revuelta

Nº1

Primavera 2011

Editorial

Infierno era el nombre el comité ejecutivo (en tanto que ejecutaba los atentados y sabotajes) de un grupo o, más bien, una federación de grupos nihilistas llamada Zemlia i Volia (Tierra y Libertad) que actuaba en la Rusia zarista de finales del siglo XIX. Una vez que el grupo designaba el objetivo a cumplir, se designaba también quiénes lo cumplirían y entonces Infierno comenzaba a funcionar. Tan sólo tres años de vida tuvo esta federación y su brazo armado. Tres años en los que realizaron atracos, liberación de presos, asesinatos e intentos de asesinatos, pero en los que también realizaron agitaciones en las barriadas obreras y en los campos y mucha, mucha propaganda (publicaciones, conferencias, reuniones, bibliotecas, etc.).

Zemlia i Volia se acabó separando fruto de la represión, y de esa separación surgieron nuevos grupos. Pero Zemlia i Volia se inspiraba en los principios del ala anti-autoritaria, es decir el ala anarquista de la que Bakunin era su figura más conocida, de la Asociación Internacional de Trabajadores (o 1ª Internacional), organización que trataba de que los oprimidos del mundo se auto-organizasen y acabaran con el Capitalismo y el Estado.

Es por este motivo que esta modesta publicación que tienes entre tus manos adopta como nombre Infierno. Como homenaje a estos luchadores anarquistas y nihilistas y como anhelo de que sea en eso, en un infierno, en lo que se conviertan las vidas de los gestores, de los defensores, de los falsos críticos de este sistema y de este sistema mismo.

Aquí sólo encontrarás algunas ideas, algunos análisis y algunas incitaciones,… es misión de todos aquellos refractarios, de todo aquel/lla jodid@ y hastiad@, de quien cree que esta manera de vivir que nos imponen es una basura y que hay que acabar con lo que nos convierte (o lo intenta) en esclavos, recoger o no estas y otras palabras y ponerlas en práctica en las calles, en los tajos, emprendiendo la empresa más grande jamás soñada: la destrucción del orden, la consecución de la libertad y de la solidaridad. A por ellos, que son pocos y cobardes. Venga la Anarquía.

Contra el Estado, contra la democracia

De la ruptura de la comunidad original a la aparición del Estado

Hace millones de años los grupos humanos se organizaban en pequeñas bandas de cazadores recolectores, pequeñas agrupaciones sin clases ni explotadores. Pero en un momento dado la aparición de la agricultura en diversas partes del planeta (Mesopotamia, Egipto, Centro América, Perú) trajo como consecuencia la desaparición de las comunidades iniciales y su sustitución por aldeas sedentarias, donde se constituyó un grupo de especialistas en la observación del cielo y sus ciclos relacionados con las lluvias y sequías. Este grupo, utilizando dichos conocimientos y haciendo creer a los demás habitantes que eran los elegidos "por los dioses" para comunicarse con los hombres, impusieron su "sabiduría" a la gente, monopolizaron los conocimientos y convencieron al resto para seguir su liderazgo. Habían nacido los jefes permanentes. A partir de aquí estos jefes se convirtieron en sacerdotes, organizaron la producción de los alimentos, convenciendo a los demás de producir cada vez más, más incluso de lo necesario: así nació el excedente. Con él nació el comercio, y por lo tanto los comerciantes. Nació la propiedad privada y con ello quien la defendiera: nació el "ejército" y nació la "policía", y así se desarrolló el Estado antiguo (que no era más que la organización y la racionalización de un poder que ya existía en estado embrionario), basado en el liderazgo de los sacerdotes y en la fuerza de los militares.

Poco a poco todo esto se fue desarrollando; las maneras de producir se fueron perfeccionando, así como también se fue perfeccionando el Estado. Diversas etapas se sucedieron, esclavismo y despotismos varios de por medio, hasta llegar a la democracia, en la antigua Grecia. Una democracia en la que sólo los hombres propietarios podían decidir, quedando el resto (mujeres, niñ@s, gente libre pero sin propiedades y, por supuesto, esclav@s, bajo su poder).

A partir de aquí la cosa siguió evolucionando, las democracias cayeron y llegaron monarquías y tiranías, el comercio y la economía se siguieron desarrollando, así como el Estado. Surgió a finales de la Edad Media la burguesía, una nueva clase social de comerciantes que con el tiempo se opondría a los déspotas y tiranos que fundaron el Estado Moderno (perfeccionamiento del antiguo) y crearía nuevos valores, y recuperaría la democracia. En un momento dado la burguesía, usando al pueblo al que despreciaba, con el afán de librarse del yugo y con la motivación de tener menos trabas comerciales y perfeccionar aun más la economía, se alzó. Surgieron así las revoluciones políticas y económicas de finales del siglo XVIII y principios del XIX: surgió la Revolución francesa, y la industrial. La burguesía implantó la democracia y el capitalismo (desarrollo de modelos estatales y de producción ya existentes), y poco a poco, con altibajos, avances y retrocesos, impuso un nuevo estilo de vida, una nueva forma política de estructuración del Estado y de la economía, que no era sino más de lo mismo, pero mejor adaptado a sus intereses: la democracia y el capitalismo industrial y financiero. De esos polvos surgieron estos lodos.

Hoy en día, seguimos teniendo una Clase dominante y por tanto, un Estado. Los dominadores desde la prehistoria pueden haber cambiado (o incluso pueden seguir siendo sus tataratataranietos, quién sabe) pero eso no importa porque nos siguen mandando y nosotros obedeciendo como borreguitos, claro que nuestra sociedad es mucho más compleja pues es mucho más numerosa.

La Clase Dominante sigue existiendo y por tanto sigue existiendo también el Estado, lo que cambia es la forma de organización de ese estado y algunos requisitos que se necesitan para tener poder. A la forma de organización del estado actual le llamamos democracia y tiene la virtud (sobre todo para los poderosos) de hacerles menos visibles y de ser bastante buena para regular los mecanismos que les permiten seguir estando en su posición.

El funcionamiento democrático

En la democracia representativa la gente abdica de su poder en beneficio de candidatos elegidos. Los principios proclamados por los candidatos se limitan a unas cuantas generalidades vagas, y una vez que han sido elegidos hay poco control sobre sus decisiones reales acerca de cientos de problemas — a parte de la débil amenaza de cambiar el voto, unos años más tarde, a cualquier rival político igualmente incontrolable. Los representantes dependen de los ricos mediante sobornos y aportaciones a la campaña; están subordinados a los propietarios de los medios de comunicación, que deciden qué temas consiguen publicidad; y son casi tan ignorantes y débiles como el público general en lo que respecta a muchos asuntos importantes que están determinados por burócratas y agencias semi-secretas independientes. Los dictadores abiertos a veces son derrocados, pero los verdaderos dominadores en los regímenes democráticos, las pequeñas minorías que poseen o controlan virtualmente todo, pocas veces son votadas, y cuando lo son están esparcidas por toda la gama de la oferta política. La mayoría de la gente ni siquiera sabe quiénes son. . .

En sí mismo, votar o no tiene relativa poca importancia. El problema más grave es que votar tiende a adormecer a la gente confiando en otros para que actúen por ellos, desviándolos de posibilidades más significativas. En el mejor de los casos, los legisladores raramente hacen más de lo que son forzados a hacer por los movimientos populares o la adocenada opinión pública. Un régimen conservador bajo presión de movimientos radicales independientes con frecuencia hace más concesiones que un régimen liberal que sabe que puede contar con el apoyo radical. Si la gente se repliega invariablemente en los males menores, todo lo que los gobernantes tienen que hacer en cualquier situación en que su poder se vea amenazado es conjurar la amenaza de algún mal mayor.

Como decía un graffiti de mayo del 68, “Es doloroso soportar a nuestros dirigentes; pero es más estúpido elegirlos.”

Viendo como viene la cosa (que el Estado permanece, tan sólo cambia su organización interna, y que es un tradicional elemento de opresión) podemos decir que hay dos factores para mandar. El

segundo factor para mandar es que se necesita alguien que obedezca. El primer factor puede variar (el capitalismo puede ser prescindible, como lo fue el linaje) pero en el segundo es menester que alguien obedezca, lo que varían son las formas.

Desde pequeños nos inculcan una serie de valores (una ideología) encaminados a hacernos creer que lo que hay es lo mejor y que nos tienen en cuenta a la hora de actuar en este teatro: nos machacan con los medios de comunicación, nuestro entorno nos machaca e incluso llegamos a tal grado que hasta nosotros mismos nos machacamos para ser aceptados por nuestro entorno. Y si alguien no se adapta va a la cárcel o es un enfermo mental. No sólo esto sino que además ya han destruido gran parte de situaciones en las que las relaciones entre las personas pueden generar otro tipo de valores contrarios al sistema. Han cambiado el aspecto de nuestros barrios rompiendo las redes de solidaridad y compañerismo; aislándonos en el hormigón, vivimos con miedo a que nos roben y nos protegemos llamando a la policía sin darnos cuenta de quiénes son los que nos roban de verdad: ejemplos muchísimos. Básicamente nos han convertido en unos seres temerosos subordinados casi por completo a los designios del Sistema, de la democracia: somos ciudadanos.

El ciudadano: ese ser aislado y solitario con una sonrisa gris hormigón.

El ciudadano tiene unos derechos y una obligaciones lo cual es lo mismo que decir que tiene un amo que le otorga privilegios en función de cómo realice sus obligaciones. El ser humano tiene necesidades para poder vivir y nadie nos puede concedernos el derecho a vivir. Decir que tiene derechos significa que tiene obligaciones y por tanto alguien que se los otorgue, lo cual significa que quien tiene derechos no tiene libertad, solo tiene un amo. Esos derechos y obligaciones se recogen en la constitución, en forma de leyes. Leyes hechas por la clase dominante para que todo siga como está y así poder seguir mandando.

Los valores del nuevo régimen del siglo XXI, al menos en el todopoderoso occidente (y recordemos que “occidente” marca la

pauta) actualmente se recogen en la maldita biblia llamada civismo, que básicamente supone la incorporación al estado de los valores que defendían los movimientos de índole progresista. Supone la aplicación contextualizada de los derechos y obligaciones humanas. Pero ya no sólo se busca que el súbdito acate sino hacerlo ciudadano, defensor y partícipe de esas prácticas. Con mucha manipulación y conductismo social se convierte al clásico trabajador potencialmente irascible y susceptible de rebelarse en un manso corderito.

El valor principal en el que se ampara todo este bulo del civismo es en la tolerancia. Es decir en el respeto al prójimo, empresario y objetos de propaganda del régimen incluidos. La tolerancia es la actitud conformista en la medida en que debemos aceptar las cosas como son. Hay que ser tolerantes con todos y con todo. Entre estos objetivos está el no cuestionar nada de lo que nos está dado. Este término parece que ha sido adquirido por un movimiento social de signo progresista, creando la figura del tolerante, preocupado por las "injusticias del mundo". Pero realmente al tolerante no le preocupa ninguna relación de explotación y dominación, sino el conflicto. El conflicto es la batalla entre dos deseos contrapuestos en todos los aspectos de nuestra vida, desde el deseo de poder al de liberación. La prohibición del conflicto supone que todo siga como esté.

La esencia del Estado

Y es que, visto el rumbo de los acontecimientos parece como si el Estado sostuviera el mundo: en vez de ser considerado un producto de la *sociedad* se presenta como su garante, si no como su fundador. Asegurando la cohesión, parece darle vida.

No hay territorio en el mundo que no pertenezca a un Estado. La socialización política, económica y técnica del mundo le permite imponer su voluntad y sembrar su esencia venenosa por doquier, difundiendo su propia propaganda a través de los medios de comunicación, enviando en brevedad su policía allá donde sea requerida su intervención gracias a la rápida comunicación y a un desarrollo tecnológico cada vez más avanzado.

Cualquier Estado de hoy tiene infinitamente más poder que los tiranos de antaño. A pesar de esto estamos habituad@s de tal forma a su presencia que no llegamos ni siquiera a percibirlo como intruso, mucho menos como un enemigo. Aun cuando es denunciado violentamente como parásito, el Estado es considerado indispensable para la supervivencia de la sociedad. Dicen que se trata de un mal necesario, superable tal vez en el lejano porvenir de la fantasía política.

La relación del individuo con la totalidad de la sociedad, en otro tiempo centrada en su fe en Dios como principio y regulador supremo, ha encontrado en el Estado su expresión profana: ya no es a un ser al que se le atribuyen cualidades sobrenaturales, sino a la sociedad en su conjunto, que dispondría de una virtud y de una naturaleza autónomas, distinta de las peculiaridades de las relaciones sociales y de quien determina estas relaciones.

Asimismo el problema de los "patronos" –vocablo en desuso en estos tiempos caracterizados por la tolerancia y el pluralismo democrático- siempre ha sido constituir un contrato social, no tanto para construir una economía nueva, que ya existe, como un Estado que favorezca su desarrollo. Existe por tanto una organización social que une a los individuos, aislados por la disolución de las viejas estructuras y por un gentil modo de producción dominado por la rivalidad y la competencia.

Es inevitable que en cada estado las relaciones y los actos más sencillos se transformen o en relaciones mercantiles o en actos administrativos. Lo peor no es tanto que el Estado prohíba y obligue como que esté siempre presente. El Estado se erige por encima de l@s hombres/mujeres; trabaja de buena gana por su "felicidad", pero quiere ser el único agente y el único arbitro. Prepara su seguridad, prevé y asegura sus necesidades, facilita sus placeres, dirige sus principales negocios, les conduce sus industrias, regula sus sucesiones, divide sus herencias. Si pudiese, les quitaría del todo la molestia de pensar y el esfuerzo de vivir, llegando a ayudar a aquellas categorías sociales que en otro tiempo la sociedad tomaba a su cargo, ya que la aplicación pura y simple de la lógica de mercado y salarial dejaría morir de hambre a un buen número de viej@s, enferm@s, y otr@s "desfavorecidxs".

Su opresión viene dada precisamente por esta sustitución suya de la actividad humana, a través de la cual adquiere su poder, reduciendo toda una serie de actos “naturales” (como podrían ser considerados el calentarse, el dar a luz o ser solidari@) a un *servicio público*. La división social se ha hecho algo indispensable por la incapacidad de los hombres y mujeres para satisfacer sus propias necesidades vitales.

La originalidad de Occidente está en el haber creado un Estado que vive en paralelo a su economía, al mismo tiempo causa y efecto de una acumulación de medios de producción desconocida en Oriente, lo cual le permite sobrevivir a las conquistas y las crisis políticas. En Asia, se podía destruir un Estado arrasando alguna ciudad; el Estado actual vive de otra fuerza, como se puede ver por las ruinas de las guerras modernas y de la facilidad con la que se reconstruye en cada ocasión.

La sociedad civil

Es el conjunto de los individuos que se quieren arrastrar por la democracia totalitaria de una sociedad uniforme, en la que cada cual, adecuadamente representado, está convencido de que sus propios intereses particulares coinciden con el interés general.

Entre el individuo atomizado y la sociedad representada por el Estado, existe una increíble cantidad de reagrupamientos intermedios -familia, empresa, sindicato, partido, colectividades locales, asociaciones de vecinos, agrupaciones de consumidores, etc. La dictadura los reorganiza con la fuerza y los controla directamente. La democracia les hace jugar su propio juego, a favor de la sociedad entera.

El principio de la democracia es permitir la "libre" iniciativa de los individuos y grupos, sabiendo bien que están bajo un marco de explotación y opresión en el que la lógica del valor y del salario, por un lado, y la del consenso y la costumbre de delegación, por otro, acaban por imponérseles sin obligación externa. Actúan para el mantenimiento del Estado, al cual no consiguen renunciar.

El programa de la izquierda prevé compensar la fuerza del Estado con la de las organizaciones de masas en las cuales los individuos se encuentran sobre la base de su trabajo, su domicilio, de

sus intereses como consumidor@s y de usuari@s. Que cada un@ participe en la vida de la ciudad y de la nación, reivindique, milite para aumentar las competencias de su propia organización: ¡he aquí en qué consiste cambiar la vida! La militancia ha perdido su carácter estrictamente ideológico y la "sociedad civil" ha reemplazado al "partido" como referente de la actividad política de los individuos. Sólo la alienación sigue siendo la misma.

He aquí donde la izquierda es totalitaria, a través de esta participación generalizada, más que en los Gulags de triste recuerdo. La dictadura democrática no se expresa a través de la CIA o el CNI o los varios servicios secretos, sino más bien en el intento de ofrecer a cada individuo un poder ilusorio, de hacerle participar en decisiones que de todas formas están tomadas de antemano, ya inscritas en la lógica del dominio, hasta tal punto omnipresente en las estructuras materiales y en las relaciones humanas como para penetrar incluso los comportamientos y las conciencias.

La burocracia estatal organiza lo que es realizado por cuerpos extraños al Estado (individuos, empresas, etc.). Para organizar debe conocer. Para aplicar de la mejor manera sus propias reglas, debe vigilar. Pero para dirigir la sociedad, consagra una parte considerable de sus esfuerzos a dirigirse a sí mismo. El resultado es relegar a los individuos a una condición de sujetos pasivos, dejándoles difícil la más mínima iniciativa.

La dictadura del Estado tiende a reforzar los procedimientos democráticos y su formalismo; la circulación mercantil por toda la sociedad permite al capital ejercitar su presión por doquier sin recurrir permanentemente a la coacción.

¡Ah!, por supuesto, y por si no ha quedado claro, como decíamos antes, la sociedad civil es cívica, democrática y tolerante. Faltaba más.

La “oposición” al Estado

Precisamente la necesidad de producir, y organizar tal producción, se considera, paradójicamente, como el punto de partida de las actuales luchas obreras. Si puede ocurrir que l@s trabajador@s hart@s tiren tornillos contra l@s sindicalistas, debe decirse de todos modos que esos tornillos se tiran siempre contra aquell@s sindicalistas considerad@s "deshonest@s". La crítica a l@s sindicalistas no es todavía crítica al sindicalismo en si, en el más puro estilo democrático, no ataca la economía y la política como tales.

El culto de la democracia surge otra vez cuando se presenta el debate, la *asamblea*, con función de momento privilegiado y preliminar: l@s reformistas quieren transformar los órganos decisionales existentes democratizándolos poco a poco, inyectando en su interior dosis cada vez más sólidas de participación de masas; l@s revolucionari@s quieren crear otros órganos, instaurar inmediatamente una auténtica democracia, una verdadera estructura de discusión y decisión. Los unos desean actuar dentro, los otros fuera, pero la sustancia es la misma: todos privilegian el momento de la decisión.

Es característico de l@s demócratas iluminad@s querer trasladar el proceso decisional desde los órganos estatales a las fábricas y barrios. En este sentido consejismo y municipalismo caminan de la mano. Puesto que no se salen de la ilusión política, pueden criticar incluso ferozmente al Estado, sin hacer de su crítica más que una fórmula nunca desarrollada.



La destrucción es necesaria

Para el hombre/mujer moderno un mundo sin Estado es inconcebible. Much@s refractari@s, incluso ell@s criaturas de este mundo, aceptan esta inexorable verdad con resignación, considerando el Estado como una especie de enfermedad de la que somos tod@s víctimas, un mal genético que nos ha sido transmitido y del cual no es posible librarse.

Es por esto que se ha vuelto posible conducir las batallas sociales evitando con sumo cuidado atacar al Estado. Como el/la paralític@ que, ya resignado a su propia inmovilidad, se preocupa por un resfriado.

A pesar de su presunta intangibilidad, todas las estructuras sociales, económicas, políticas del Estado así como sus técnicas modernas son saboteables por parte de un movimiento antiestatal decidido a serlo. Es decir decidido a no enmascarar su resignación tras la excusa de la enfermedad.

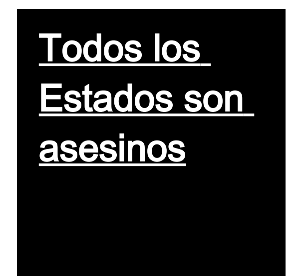
Es por lo tanto misión indispensable si queremos dejar de vivir atados a una cadena, la cadena del Estado, destruirlo. Para destruirlo se tiene que combatirlo, desde fuera, y eso, tarde o temprano, implica una insurrección.

El objetivo de la insurreccción no es fundar una estructura social, un sistema de autoridad democrática preferible a la dictatorial, un organismo "justo" en lugar de un Estado "equivocado", sino liquidar definitivamente toda forma estatal, bajo cualquier apariencia o denominación que se presente.

El Estado, que vive de la incapacidad de los hombres/mujeres y de los grupos para organizar una actividad en la cual se transformen ellos mismos, comienza a fallar tiros apenas se ataca su función de mediador. Pero su desaparición no es automática. No ocurrirá poco a poco, gracias a una progresiva evolución. El estado no cederá nunca. Este fabuloso órgano de represión desencadenará de todas las maneras posibles sus propios medios, directos e indirectos, contra una insurreccción.



La posibilidad de un cambio auténtico está en el movimiento de destrucción capaz de generar nuevas relaciones, está en la superación de los movimientos sociales actuales. La transformación es ante todo actividad y ruptura. El desmantelamiento de la sociedad deberá advenir a todos los niveles, a partir de las exigencias de los individuos de una vida sin jefes, autoridades, mediadores ni explotación, exigencias que ninguna fuerza política podría nunca prometer satisfacer, porque ello no se corresponde a su orden de ideas ni posibilidades.



Tras años acumulando tensiones, penurias, hambre, humillaciones, opresión política, económica, social, cultural, religiosa,... el norte de África estalla en descomunal revuelta y este estallido se extiende por muchos otros países árabes de oriente medio. Estos países son no tan diferentes al expansonista Occidente. Explotados por él, viviendo bajo su bota y bajo la bota de dictadorzuelos y políticos de toda laya y condición, ahora la población, o al menos gran parte de ella dice basta.

Ahora, tras décadas de sometimiento (pero tras más décadas aun de ese mismo sometimiento por las potencias occidentales), la gente se levanta, y lo que se llama Occidente, pero no es más que el capitalismo internacional, aguanta la respiración, y reacciona alabando la democracia que algunos de los insurrectos parecen querer conseguir en sus países, retirando los apoyos a los tiranos en decadencia e incluso les deja de vender armas. Ahora, de la noche a la mañana. Pero durante los 42 años de gobierno de Gadaffi en Libia,

los 38 de Mubarak en Egipto (puesto, por cierto, por EE.UU) o los 30 de Ben Alí en Túnez ¿por qué no les dejaban de vender armas? ¿por qué empresas petrolíferas italianas, francesas, alemanas y españolas, firmaban acuerdos comerciales con esos regímenes,? ¿por qué se fomentaba el turismo de la clase media blanca occidental en esos países?

Ahora, de la noche a la mañana, todos esos líderes son terribles, pero ¿y sus décadas de asesinatos, torturas, de condena al hambre a sus pueblos para beneficio propio y de las multinacionales europeas y estadounidenses (que fueron quienes les pusieron ahí) no eran suficiente horror? Ahora, de la noche a la mañana todo el mundo celebra la revuelta (recordemos, revuelta violenta) por la “consecución de la democracia”, cuando esa misma revuelta, mucho menos violenta, se condena aquí (como por ejemplo los sucesos durante la huelga general del 29-S o del 1º de mayo en Barcelona). Ahora, de la noche a la mañana, el capitalismo internacional y las grandes potencias quieren que haya democracia en el magreb.

Lo que ocurre, es que ahora, de la noche a la mañana el Capitalismo y las potencias aguantan la respiración porque el pueblo se levanta, y prefieren sacrificar a unos títeres totalitarios que estas mismas potencias y el mismo capitalismo colocaron ahí para explotar más y mejor a la gente, para que se ataque a un tirano, pero el Estado permanezca en pie, como de hecho está sucediendo (no es el aparato estatal, no es la policía, el ejército, etc, el que se va en helicóptero). Prefieren sacrificar un tipo de gestión económica para que el capitalismo siga en pie (incluso algunos de los rebeldes libios han anunciado que mantendrán los contratos petrolíferos con las compañías occidentales).

Lo que los mass-media no cuentan, y lo que incluso muchos no saben o no quieren saber, es que ningún verdadero tirano se ha ido de esos países, porque los verdaderos tiranos continúan. Los verdaderos tiranos son el Estado y el Capitalismo. Y no sólo están allí, sino también aquí. ¿O es que acaso aquí, como allí no hay crisis, no hay Estado, no existe el trabajo asalariado, no hay desempleo, no hay carestía, no hay policía? ¿por qué lo que allí es represión, aquí es “actuación policial”? ¿por qué lo que allí es una noble revuelta aquí es vandalismo o terrorismo?. Por supuesto, la situación en el magreb es mucho peor (no en vano son y han sido tradicionalmente el hotel y

el felpudo de Europa, el lugar al que la clase media o incluso los curritos mejor acomodados de aquí iban a pasar las vacaciones baratitas y exóticas), pero en el fondo, en esencia, la explotación es la misma, la opresión es la misma. Una de las pocas diferencias es que para que aquí sea más dulce y llevadera allí tiene que ser terrible y cruel.

Una cosa ha de quedar clara, mientras no sea destruido el Estado, el Capitalismo con sus leyes de propiedad privada, trabajo asalariado, especulación, comercio y finanzas, el magreb no tendra libertad. Ni el magreb ni nadie. Y para que aquí no nos muramos de hambre e incluso podamos vivir con cierta comodidad, allí tienen que reventar o morir en las aguas del estrecho, y todo eso es gracias a este sistema que, por cierto, sigue en pie..

Porque no queremos que haya ni “aquí”, ni “allí”. Porque no queremos ni Estado ni capitalismo, ni explotación, ni austeridad. Porque no queremos ni dictadura ni democracia, que no son más que dos caras de la misma moneda. Apoyemos a nuestros hermanos magrebíes trayendo la revuelta a casa, contra los mismos amos, aunque vistan diferente y hablen otro idioma.

Por la extensión de la revuelta, a las calles.





Fotocopia y difunde

Publicación por la extensión del pensamiento y la revuelta